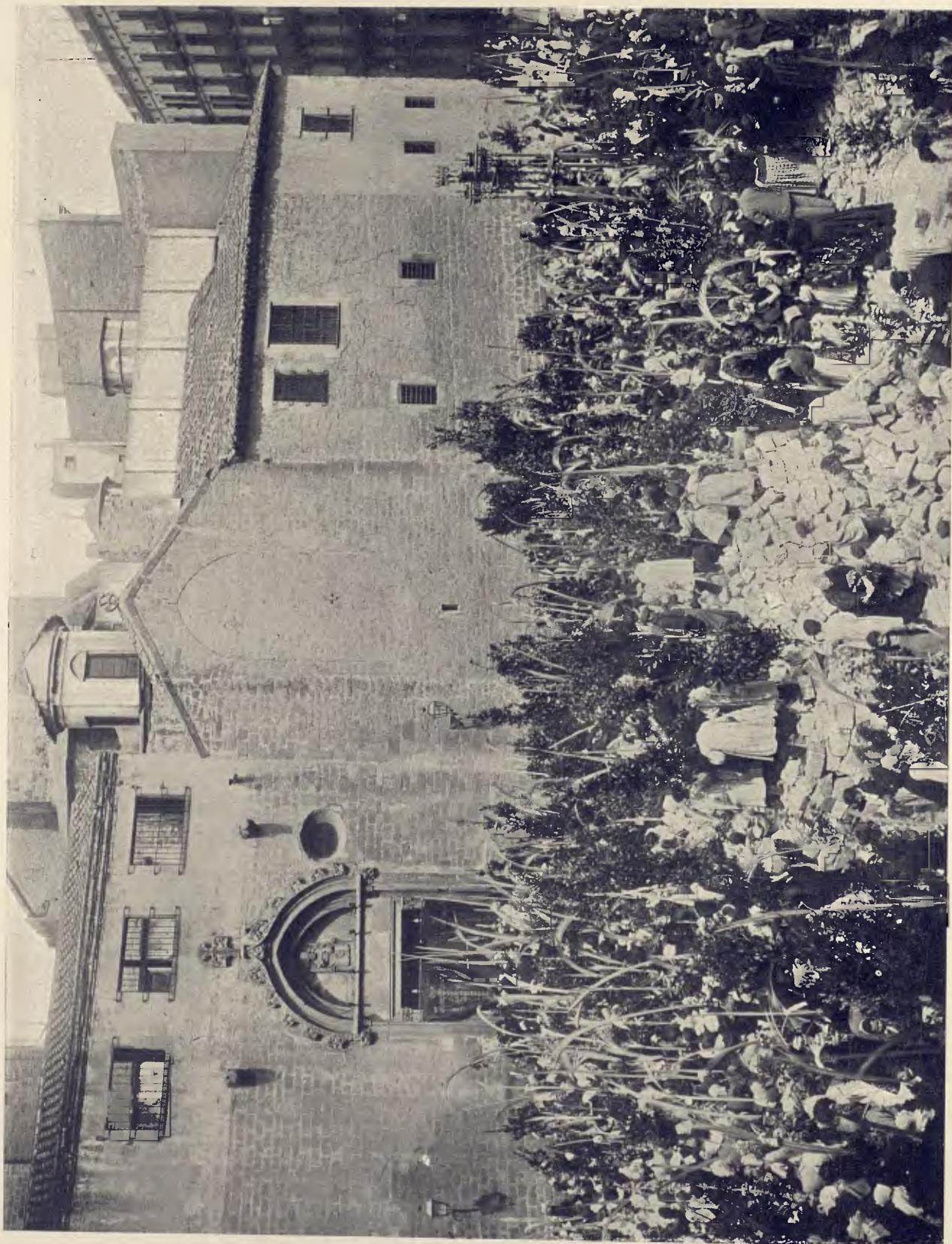




HISPANIA

M. M. I. [Signature] 1911



BENDICIÓN DE LAS PALMAS EN LA IGLESIA DE SAN PEDRO



—Es preciosa esa leyenda, me dijo Carlos, pero yo sé otra más interesante aún, porque es real y porque á ella debo la felicidad que gozo. Tú eres mi amigo verdadero, casi mi hermano, y puedo confiártela.

—Tú sabes lo buena que es Marichu, añadió después de una ligera pausa.

Marichu, como la llamábamos cariñosamente, era la mujer de Carlos, encantadora guipuzcoana, cuya hermosura era tanta como sus virtudes.

Así es que convine sin vacilar en la afirmación de mi amigo, aunque algo extrañado,—lo confieso,—de la ocasión en que se me dirigía.

—Pero lo que tú ignoras, replicó Carlos, es que Marichu es una hada.

—Difícilmente se encontraría, contesté cortesmente pero cada vez con más asombro, hada ninguna que compitiese en encantos con los que tu mujer posee.

—No, no es eso, repuso Carlos: no buscaba un cumplimento; pero repito y afirmo que mi mujer es un hada, igual á aquellas de que nos hablan las leyendas. Solamente que en este caso la leyenda es real.

Me puse serio; Carlos me miró también con seriedad unos momentos, pero después rióse á carcajadas y me dijo:

—¡Pero que cara tan dificultosa pones, chico! ¿Á que lo menos que te figuras es que estoy loco? Pues tranquilízate y escucha. Verás como lo que te afirmo, sin dejar de ser absolutamente cierto, no acusa perturbación alguna en mis facultades mentales. Enciende este cigarro y empieza.

No repliqué, encendí el cigarro y me dispuse á escuchar con toda el alma.

Hé aquí lo que me contó mi excelente amigo:

—Hace tres años, (ya sabes que hace dos que me casé,) que experimenté en Madrid, donde por entonces residía, una afección que los que la conocieron denominaron nostalgia, y que yo tuve por cansancio sencillamente. Todos los que habitan en los grandes centros de población han padecido alguna vez ese cansancio moral que les disgusta hasta de aquello que antes preferían y que les hace soñar con cualquier lugar, apartado del habitual ambiente.

Pensar en la soledad, en medio del bullicio, suele ser tan grato como pensar en una joven pura y bella, coronada de rosas, vestida de blanco, fresca como el agua de cristalinos arroyos, cuando se encuentra uno asfixiado por los perfumes acres de mujeres cargadas de atavíos y con el cutis agrietado por afeites diversos.

Y yo estaba abrumado de cansancio por la vida agitada. Tú me conoces bien y sabes que no he nacido para cenobita; no ignoras tampoco que, además de no aborrecer la sociedad, gusto extraordinariamente de todas las manifestaciones artísticas. Pues bien: llegué á fastidiarme del teatro, abandoné las tertulias y escasé mis visitas á los museos. Una imperiosa necesidad de descanso intelectual, tan necesario en muchas ocasiones como el físico, se había apoderado de mí y comprendía perfectamente que sin un período de vacaciones espirituales, se iba á resentir mi organismo.

En esta situación recordé que un pariente mío me había dejado por herencia un insignificante caserío, situado en un lugar casi inaccesible de las montañas de Guipúzcoa y á un considerable número de kilómetros del más próximo poblado.

Ese caserío, del que hasta aquella fecha — y lo había heredado hacía cinco ó seis años — no tenía ni la menor noticia, ni el menor beneficio, se me apareció como único y eficaz remedio á mi dolencia.

Y de tal manera me cautivó la idea, que á los pocos días abandoné la Corte, tan satisfecho como un



colegial que sale de su encierro, y me dirigí á Oñate, villa que, según mis recuerdos, era el lugar más próximo ó menos lejano, mejor dicho, á mi solitaria propiedad, á la cual llegué por fin en una deliciosa mañana de primavera.

Dudo que mi llegada causase una satisfacción absoluta á los que habitaban mi caserío—un matrimonio viejo y un hijo joven,—pero tanto el anciano *guizon* y su consorte, como el rozagante *motill*, disimularon su contrariedad, pues también en los desiertos se disimula, y recibieron al *Fauna* ó sea yo, *el amo*, afable y respetuosamente. Por mi parte procuré tranquilizarles, anunciándoles que mi estancia entre ellos no se prolongaría excesivamente y que además, como es natural, quedarían convenientemente resarcidos de cuantos gastos les originase.

Quedamos todos contentos, y al poco rato dedicábase ellos á sus faenas y me paseaba yo inspeccionando *mis dominios*. No eran éstos gran cosa, pues se reducían á la casa de un solo piso, no muy vasto, á unos cuantos cuadros de maizales y otros productos análogos, y á una docena de árboles frutales: lo suficiente para no morir de hambre los inquilinos y no percibir nada el propietario, el *Fauna*.

Pero ya dijo mi ilustre paisano Trueba:

« Una casita en el campo,  
y en el campo una heredad,  
y en la casa paz y amor...  
¡Jesús, que felicidad! »

Y, por lo que yo pude observar, no faltaban paz y amor entre los inquilinos de mi caserío.

Y tampoco escaseaban por allí los grandiosos espectáculos de la naturaleza, y para esos espectáculos no hay inquilinos ni propietarios; son de todos y para todos los que sientan y amen lo bello.

Tú que conoces los espléndidos paisajes de Guipúzcoa podrás formarte una idea si te digo que el panorama que desde mi caserío se contemplaba era de los más varios y pintorescos de tan hermosa región.



\* \* \*

—¿Y por qué me aconsejas que no pasee de noche por el campo?

—Por su bien, *Fauna*—me replicó Joshe Mari, el *motill* del caserío. Y añadió en su pintoresco castellano, aunque yo sabía mi idioma vasco:

—La verdá, pues, yo también desir á usté haré si te quieres. Cosa mala andar aquí de noche y... ya te sabes pues.

—Pero hombre, ¡si en este país no hay malhechores, y mucho menos en estos sitios!

—Malochores ó así no sé pues si habrá, pero pantasma á la noche también si hay por aquí y... ya estás sobresabido usté pues.

—¿Pantasma?

—Sí, Jauna; de esos pues que disen que de otros mundos que te vienen y que te andan y cosa buena traer no hasen.

—¡Ya! ¿Conque también han llegado por aquí los duendes y aparecidos?

—No sé pues. Usté saber mucho y yo de caserío soy... pero ya desirte he hecho.

—¿Y á qué hora y por qué sitio aparecen esos fantasmas?

—¿Hora?... cuando los estrellas te están arriba y sitio mejor por ahí (señaló á un lejano pinar) y... más no sé...

Esta conversación la tenía yo á los pocos días de mi llegada y á consecuencia de un paseo que dí la noche anterior por el campo, espléndidamente iluminado por la luna.

Como es natural, ninguna importancia dí á las pintorescas observaciones de Joshe Mari, pero, como es natural también, aquella noche, que era tan hermosa como la anterior, se me presentó con un nuevo tinte poético y no hay para qué decir que encaminé mis pasos al pinar.

Era éste un hermoso bosque que se extendía en la falda de una colina, la cual servía, á su vez, como bajo relieve de una montaña altísima y abrupta. Al pie de la colina serpenteaba un riachuelo con toldo de zarzas y madre selvas.

Me senté en un tronco derrumbado. La luna, que iluminaba la campiña, pugnaba por escudriñar el pinar, pero sus rayos no conseguían sino quebrarse en los primeros pinos.

No recuerdo el tiempo que llevaba sentado, cuando mis párpados, que comenzaban á entornarse con beatitud, se abrieron bruscamente y me puse en pie.

Á la entrada del pinar acababa de percibir distintamente ruido de pasos...

No tuve miedo, no, pero los nervios—ya sabes que los nervios son incorregibles—comenzaron á darme un mal rato.

Pero ¡pásmate! cuando lo que yo no podía presumir, aunque llegué á pensar en ello, se realizó, mi... intranquilidad cambió en un sentimiento gratísimo, inefable.

*Estaba allí* y no temía; lo que experimentaba era una admiración sin límites.

Allí estaba la aparición de que me había hablado Joshe Mari... Allí, entre los pinos, en un pequeño claro, al que habían acudido en tropel, formando brillante haz, todos los rayos de la luna para rendirla homenaje, para iluminar á aquella bellísima criatura.

Porque no se trataba de duendes ni de fantasmas.

Allí, ante mi vista, y asustada por mi presencia, estaba una joven vestida de blanco, bella como los lirios, con los cabellos sueltos y con hermosísimos ojos que me miraban asombrados.

¿Pasó un segundo? ¿una hora? ¿un siglo?



No sé, pero al querer dar yo un paso hacia ella oí un grito que vibró en el aire como dulce melodía, y desapareció.

No dije nada en el caserío, y ni en la siguiente noche, ni en muchas sucesivas, volví á ver á la divina aparición.

Pasé unos días crueles, pero al fin razoné, cosa que debí haber hecho desde el principio.

«Que no se trata de nada sobrenatural, es evidente, me dije. Lo sobrenatural no se presenta por el solo capricho de presentarse. Aquí hay un misterio, eso sí, pero misterio humano, y los humanos misterios se llegan á descubrir cuando se propone uno descubrirlos. Y eso es lo que yo voy á hacer.»

Y, como es lógico, lo primero que se me ocurrió fúe tener una conversación seria con el padre de Joshe Mari.

Me guardé muy bien de decirle nada de la aparición y le pregunté si el caserío tenía vecinos.

No estábamos tan aislados como yo suponía.

He aquí lo que me dijo, traducido del bascuense:

Que al otro lado del pinar (cuestión de media legua) se elevaba otro caserío mejor que el nuestro, *sin agraviar y mejorando lo presente*; que en ese caserío habitaba un hombre de mucha edad, pero ágil y fuerte como un joven; que ese hombre, cuando llegó al caserío, (hacía muchísimos años,) venía de *las Américas* muy rico, muy rico, y que, además, venía acompañado de una mujer, *es decir*, de una señora, muy guapa, pero que parecía muy triste, muy triste; que al poco tiempo de llegar ese matrimonio, pues marido y mujer eran, murieron los padres del primero, quedándose solos ella y él en el caserío; que pocos años después murió ella y que él solo llevó el cadáver á la vecina villa; que antes de esta última muerte, el *indiano* no se trataba con nadie, no recibía visitas, ni las hacía y que cuando se marchaba por unos días á la capital, á sus negocios quizás, dejaba herméticamente cerrado el caserío como si no hubiera dentro nadie; que la justicia no había intervenido nunca, pues que, en realidad, no había motivo y porque además el *indiano* era de mucho *peso*; que desde que se murió su mujer vivía más solo que nunca y que únicamente se le veía alguna vez en el mercado de la villa haciendo compras; y, por último, que se le juzgaba incapaz de hacer un favor á nadie.

\* \* \*

Al día siguiente llamaba yo á la puerta del misterioso caserío decidido no sé á qué. Pero llamé resueltamente.

Nadie me respondió, pero seguí llamando. Llamé por espacio de una hora, y no me pesó mi constancia, pues, al fin, se asomó *ella*, la de la aparición.

No te diré lo que hablamos, porque hay conversaciones que son íntimas, pero cuando volví á mi morada sabía yo que era el más feliz y el más desgraciado de los mortales. Sabía que ella se llamaba María, que había nacido en aquel caserío, que tenía dieciocho años y no conocía más mundo que el pinar y las montañas, que su padre era *muy bueno*, pero que no la dejaba salir sino de noche y á pocos pasos de la puerta, pero que ella, *aunque confesaba que estaba mal hecho*, extendía algo más sus paseos y por eso me vió y... que ¡por Dios! no volviera á verla...

¡Por Dios!... Dios es grande é inexcrutable son sus designios.

Dios hizo que á los pocos días no fuese yo sino ella misma quien vino á verme, á vernos, al caserío, acongojada, palpitante... Su padre se moría. Y murió sin poder llevarse los tesoros que tanto defendía.

Tesoros que ni ella ni yo quisimos disfrutar, pero que enjugaron muchas lágrimas...

En fin, no insistiré sobre esto y si lo recuerdo es porque no ignora que se supo algo, bien á pesar nuestro...

—Ya lo creo que se supo—interrumpí á Carlos—y nadie se podía explicar semejante desinterés.

—Sí—repuso Carlos—pero nadie llegó á saber, ni sabe, pues los del caserío cumplieron su palabra, lo que te acabo de referir.

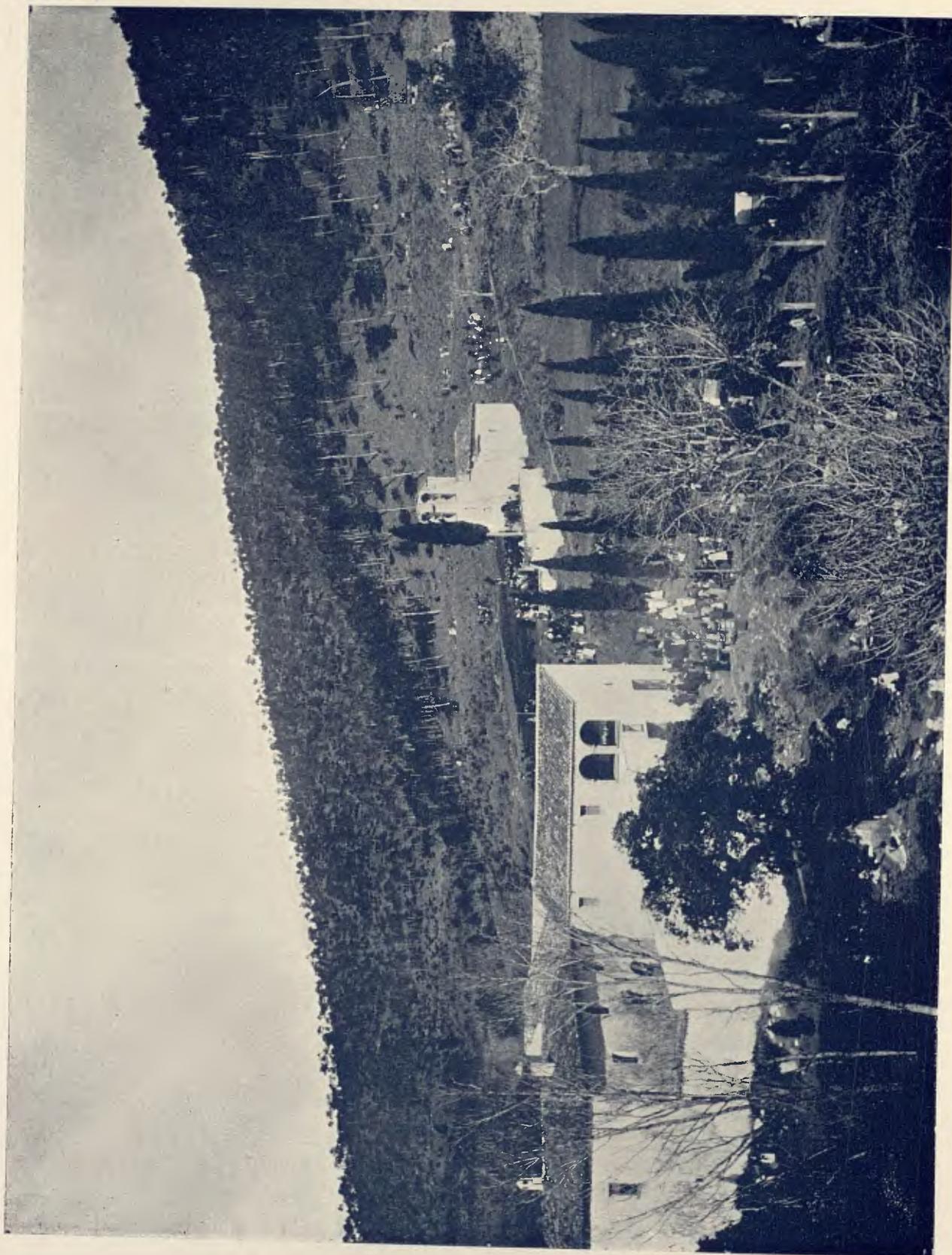
—Tú eres el único—añadió—y te suplico el secreto, en saber que mi Marichu es un hada.

Rióse Carlos alegremente y pensé yo:

«¡Qué desgracia que no abunden las leyendas... reales!»

LUIS DE TERÁN

Ilustraciones de F. GONZÁLEZ



VISTA DEL SANTUARIO DE SAN MEDIN

ROMERÍA A SAN MEDIN



GRUPOS DE ROMEROS



Collar « Joaillerie », imitando plumas de pavo real con incrustaciones de brillantes y pedrerías de color



Medallón de collar « La Frileuse » en oro cincelado

## LA JOYA

La joya moderna no es ya solamente un objeto de lujo, cuyo precio aumenta ó disminuye según la rareza de las piedras que la componen.

El renacimiento de la joyería, después de haber dado á Francia en la última Exposición un legítimo y verdadero triunfo, ofrece, en efecto, el interesante atractivo de una industria artística que ha sabido al fin desprenderse de toda rutina y que además no descuida nada para desenvolverse, transformarse y refinarse cada día más.

Y cómo en vez de limitarse, cual antes de ahora, á enriquecer únicamente la *toilette* de las señoras, la joya moderna, de aquí en adelante, añadirá á aquellas una nota artística y el encanto de su fresca hermosura, echemos un párrafo, lector amigo, sobre ese negocio, que suele ser siempre de actualidad.

Harmonía de la línea, sencillez del dibujo, estudio y empleo de los colores: tales son los principales generadores de esta nueva belleza de la joya.

De ahí la impresión estética que se recibe aun por los ojos indiferentes á toda sugestión de arte; y de ahí también la casi imposibilidad de no interesarse por este esfuerzo grandioso de fantasía y de trabajo que ha sido preciso para iniciar y llevar á cabo el renacimiento moderno de la joya.

En todas las aplicaciones del arte á los objetos de la vida vulgar, la primera de las dificultades consiste en llegar á crear una cosa que sea á la vez bella y práctica para el uso á que se la destina.

La joya no debe ser considerada como una pieza de museo ó de vitrina. Destinada al adorno de la mujer, es preciso que complete su *toilette* y que haga resaltar su belleza, sin romper en nada la armonía del conjunto.

El dibujo — evitando siempre la deplorable trivialidad de antaño — debe ser bastante claro, bastante comprensible, bastante *legible* para hacerse familiar á la mirada; por tanto, antes de admirarlo la inteligencia, han de verlo con gusto los ojos.

Este principio se observa de manera muy hábil en las joyas de estilo moderno que reproducimos en esta página y que resumen bien la actual evolución del arte decorativo en la joya. Que el *motivo* del dibujo sea una figura, flores *stylisées* ú otro cualquier detalle inspirado por la naturaleza, la belleza de la joya se impondrá siempre y escapará á las censuras que sin duda merecería una obra menos estudiada y que debiese su aire de novedad, ya á lo raro, ya á lo extraordinario de la composición.

Algunas florecillas *stylisées*, un lindo detalle ornamental ó alguna deli-



Broche de cinturón, imitando espigas en brillantes sobre fondo de esmalte transparente

cada composición de figura:... con elementos tan sencillos, ¿cómo obtener la brillante é infinita *variedad de aspecto* que se admira justamente en el renacimiento de la joya?

Aquí es en donde interviene el trabajo minucioso, «de oficio», sin cesar renovado, sin cesar en vela, y que ha contribuido tan eficazmente al éxito triunfal de los joyeros-artistas franceses en la Exposición.

Decimos y repetimos á cada rato que la armonía de la línea y el empleo de los colores son el principio inspirador de cada joya.

Pero componer y matizar un dibujo inspirándose en los más delicados colores de la naturaleza, es una obra relativamente fácil cuando se la compara con la dificultad de repetir este dibujo con materiales pesados y macizos como el oro y las pedrerías.

Aun las pedrerías ofrecen la prestigiosa magia de sus colores. ¿Pero el oro?... ¡El oro, durante tanto tiempo mal empleado y siempre con el mismo tinte uniforme y vulgar!...

El primer cuidado del joyero ha sido el de variar el aspecto del oro, matizarlo, esfumarlo, «patinarlo», á fin de ponerlo en armonía con el empleo respectivo de cada tinta de las joyas. Esta «patine» del oro se obtiene merced á baños químicos, y la linda peineta que reproducimos, muestra al lector una de las más bellas aplicaciones artísticas: tres tonos de oro, matizados y esfumados en tal forma, que se harmonicen con el brillo lechoso del ópalo.

La modificación del tono clásico del oro en *oro verde*, *oro amarillo*, *oro rojo*, etcétera, se imponía también para su mezcla con los *esmaltes*, que son la base de la mayor parte de las composiciones de estilo moderno, y que embellecen los eslabones de la cadena-*sautoir* ó de los brazaletes flexibles.

Esmalte pleno, es decir, aplicado sobre fondo de oro, esmalte transparente, ó esmalte traslucido, engastado de trocitos de oro.

Los más encantadores ejemplares del oro cincelado y «patinado» en tintes nuevos, se encuentran, sobre todo, en los broches de cinturón y en los «pendentifs» ó colgantes, joya de nueva invención, que se hace en oro cincelado sobre fondo de esmalte (modelo «la Frileuse»), ó bien en esmalte engastado en oro y con motivo «joaillerie» (modelo: espigas en brillantes).

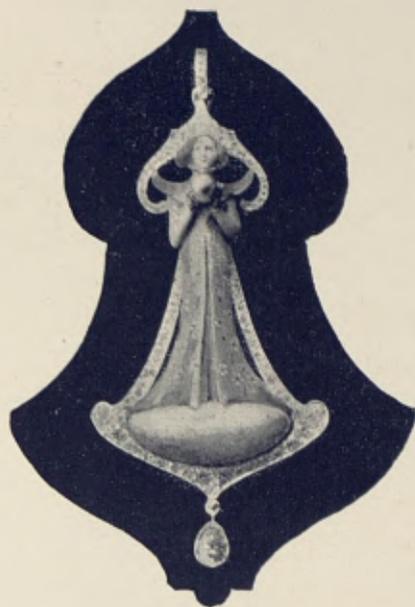
Hé aquí ahora una de las últimas *tendencias* de la joya moderna: el consorcio más íntimo de la joyería y del

Peineta de ópalo y oro cincelado

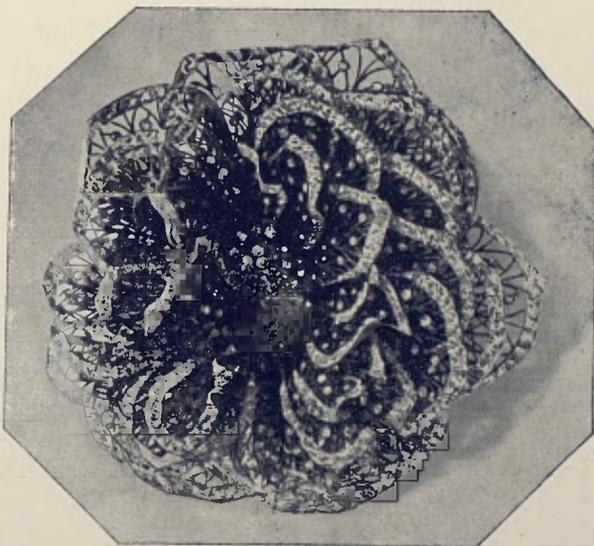
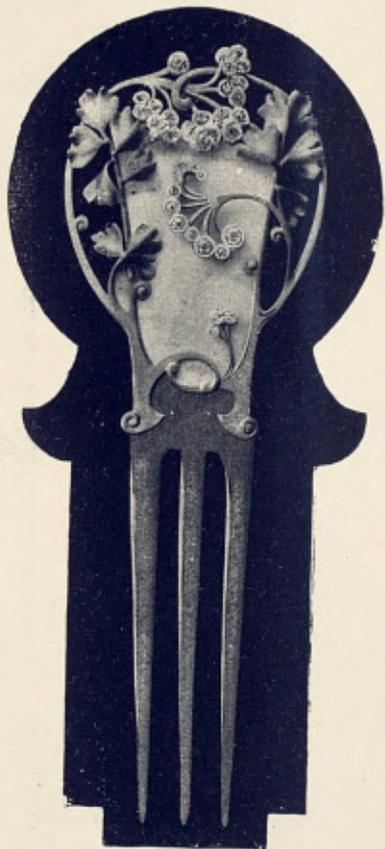
arte lapidario, es decir, el trabajo artístico del oro y del esmalte, subrayado, completado y puesto de relieve por las tonalidades de la piedra preciosa, diamante ú ópalo, esmeralda ó rubíes, topacio ó záfiro.

En nuestro grabado, la rosa negra en metal oxidado es uno de los más interesantes «spécimens» de este género de trabajo. La forma del metal, completamente renovado como tinte y como cinceladura, se armoniza tan bien con las pedrerías, que semejante rosa, colocada en los cabellos ó en el talle, más parece una perfumada flor natural que una encantadora joya cincelada y labrada á la moderna.

X.



Pendiente «Joaillerie», en brillantes, ópalo y perlas



Rosa en metal cincelado y oxidado y la corola en diamante «jonquille»

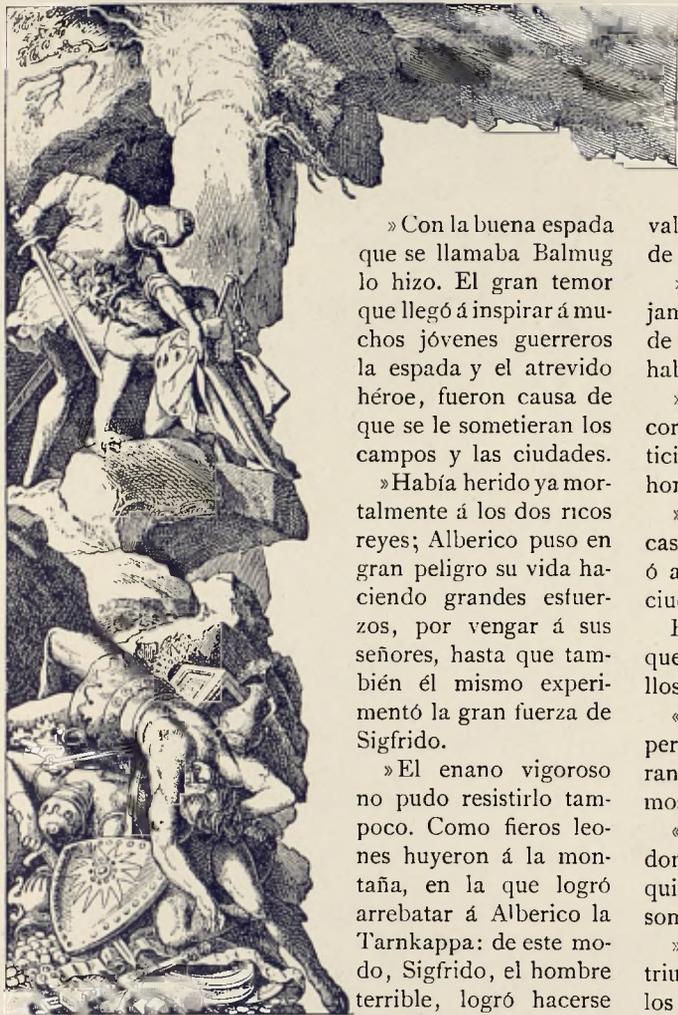


DANIEL U. VIERGE.—RAZZIA DE BOOCKMAKERS EN LONGCHAMPS



# LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)



» Con la buena espada que se llamaba Balmug lo hizo. El gran temor que llegó á inspirar á muchos jóvenes guerreros la espada y el atrevido héroe, fueron causa de que se le sometieran los campos y las ciudades.

» Había herido ya mortalmente á los dos ricos reyes; Alberico puso en gran peligro su vida haciendo grandes esfuerzos, por vengar á sus señores, hasta que también él mismo experimentó la gran fuerza de Sigfrido.

» El enano vigoroso no pudo resistirlo tampoco. Como fieros leones huyeron á la montaña, en la que logró arrebatarse á Alberico la Tarnkappa: de este modo, Sigfrido, el hombre terrible, logró hacerse dueño del tesoro.

» Los que se atrevieron á pelear con él, quedaron derrotados allí. Enseguida hizo conducir y depositar el tesoro al sitio de que lo habían sacado los Nibelungos. El fuerte Alberico quedó de guardian.»

De esta manera lo contó Hagen de Troneja. « Esto hizo el héroe; ningún otro guerrero adquirió tanto poderío.

» Me son conocidas también otras grandes aventuras suyas: la mano de ese héroe mató al Dragón y se bañó en su sangre, haciéndose su piel tan dura como el cuerno; muchas veces ha podido notarse, ningún arma le hace mella.

» Debemos recibir de la mejor manera al joven capitán, para que no excitemos la cólera de tan intrépido guerrero.»

El poderoso rey dijo entonces: « Debes tener razón. Nosotros debemos salir al encuentro de tan valiosa espada.»

« Bien podéis hacerlo sin deshonor, dijo Hagen; es de muy noble linaje, hijo de un rey poderoso. Paréceme que está preocupado; Nuestro Señor Jesucristo sabrá por qué.»

El señor de aquel país, dijo entonces: « Que sea bien venido; es bravo y noble, bien lo sé, y esto le será muy útil en el país de los Borgoñones.» El rey Gunter salió al encuentro de Sigfrido.

El real huésped y sus hombres, recibieron al extranjero de una manera tal, que nada se echó de menos en su cortesía.

« Me extrañó la noticia, dijo el rey, de que hubierais venido hasta este país, noble Sigfrido. ¿ Qué habeis venido á buscar en Worms sobre el Rhin? » El extranjero respondió al rey: « No os lo ocultaré en modo alguno.

» En el reino de mi padre, supe que aquí á vuestro alrededor se encontraban los guerreros más valientes que rey pudo reunir, y he querido convencerme de ello: mucho he oído contar y por esto he venido.

» También os oí nombrar por vuestro valor; dicen que jamás se vió un rey tan bravo. Las gentes hablan mucho de ello en todos los países; no quiero marcharme sin haber probado vuestra bravura.

» Yo soy también un guerrero y en su día me ceñiré corona: quiero dar lugar á que se diga de mí que con justicia poseo hombres y tierras. Por merecerlo expondré mi honor y mi vida.

» Por más que seais tan poderoso como me han dicho, casi no siento ninguna inquietud, y (cause á alguno pesar ó alegría) quiero arrebatáros lo que poseéis, campos y ciudades, y someterlos á mi dominio.»

El rey se extrañó y también sus hombres al escuchar que quería arrebatárselo su reino; al oír tal amenaza aquellos guerreros, se estremecieron de cólera.

« ¿Cómo es esto?, dijo Gunter al héroe, ¿ he merecido yo perder por la violencia de un extranjero el país que durante tanto tiempo gobernó mi padre con honor? Os haremos ver que también nosotros, practicamos la caballería.»

« No me quiero marchar, dijo el atrevido joven, si tus dominios no siguen en paz gracias á tu valor: quiero conquistarlos todos; también las tierras mías, te quedarán sometidas si la fuerza te las hace conseguir.

» Tu herencia y la mía serán una apuesta igual; al que triunfe del otro, le quedará sometido todo, las tierras y los habitantes.» En aquel instante, respondieron Hagen y Gernot:

« No sentimos deseos, dijo Gernot, de conquistar nuevas tierras, y dar lugar á que por este motivo mueran muchos á manos de los guerreros: poseemos en justicia ricos dominios que nos obedecen y que no se someterán más que á nosotros.»

Allí se encontraban todos los amigos inflamados por la cólera. Entre ellos estaba Ortewein, señor de Metz, que dijo así: « La reconciliación sería para mí un dolor terrible: sin motivo ninguno, os ha provocado el fuerte Sigfrido.

» Si vosotros y vuestros hermanos no tenéis valor, aun cuando trajera en su compañía un real ejército, me atrevería á combatir con él de tal modo, que en adelante el atrevido héroe renuncie por razones poderosas á su impertinencia.»

Tales frases despertaron la cólera del héroe del Niderland: « Tú brazo no puede medirse con el mío: yo soy un rey poderoso, tú no eres más que un vasallo de rey; doce como tú, no podrían resistirme en el combate.»

« ¡ Á las espadas! » gritó inmediatamente Ortewein, señor de Metz, que ciertamente era digno de ser hijo de la hermana de Hagen de Troneja. Entonces habló Gernot:

« Calmad vuestra cólera, » dijo á Ortewein. « Nada ha dicho aun el noble Sigfrido para que sea imposible terminarlo todo cortesmente. Así pienso yo; tengámosle por amigo y será honroso para nosotros.»

El fuerte Hagen dijo entonces: «Nos causa gran pesar que para venir á combatir haya atravesado el Rhin con sus guerreros: jamás debió hacer semejante cosa, pues de mis hombres no recibió ofensa parecida.»

Sigfrido, el héroe valeroso, respondió: «¿Os ofende lo que he dicho, señor Hagen? Si así fuera, á vos os toca escoger si queréis que mi valor sea terrible para los Borgoñones.»

«Solo yo basto para impedirlo» replicó Gernot. Prohibió á todos sus guerreros que hablaran con desacato por que aquello le disgustaba. Sigfrido también pensaba en la hermosa joven.

«¿Porqué nos ha de ser necesario combatir contra vosotros? preguntó Gernot. Si en la lucha murieran muchos héroes, para nosotros no sería honra ninguna y vos no conseguiríais provecho.» Al escuchar estas palabras, Sigfrido, el hijo del rey Sigemundo, respondió:

«¿Porqué Hagen y también Ortwein desean afrontar el combate en compañía de sus amigos cuando tienen tantos entre los Borgoñones?» Todo quedó terminado; el consejo de Gernot prevaleció.

«Para nosotros seréis bienvenidos tú y los que te acompañan, dijo el joven Geiselher: yo y todos mis amigos queremos servirlos.» Y escanciaron á los extranjeros vino del rey Gunter.

El soberano del país añadió: «Todo lo que aquí hay es vuestro, según prescriben las reglas del honor; cuerpos y bienes serán divididos con vosotros.» Al escuchar esto, la cólera de Sigfrido se aplacó un tanto.

Hicieron cuidar sus equipajes y se buscaron para los acompañantes de Sigfrido los mejores alojamientos que había. Desde entonces todos vieron con gusto al extranjero en el país de los Borgoñones.

Grandes honores les hicieron durante muchos días; cien veces más que todos los que yo podría decir.

En todas las diversiones del rey y de sus hombres, se mostró siempre superior. Cualquier cosa que se intentara, era tan grande su fuerza, que nadie podía igualarlo, fuera en arrojar la piedra ó en lanzar la flecha.

Como siempre estos juegos se hicieron por cortesía delante de las mujeres, que veían con sumo gusto al héroe del Niderland, él tenía fijos sus sentidos en un elevado amor.

Las hermosas mujeres de la corte, querían saber noticias. «¿De donde es?» Muchos contestaban: «Ese es el héroe de Niderland.»

Para cualquier ejercicio estaba siempre dispuesto; llevaba en su mente una amorosa y bella virgen á la que todavía no había visto y ella también lo tenía en su corazón.

Cuando caballeros y escuderos celebraban justas en el patio, Crimilda, la respetada hermana del rey, los miraba desde la ventana.

Si hubiera sabido que le estaba mirando aquella de quién sentía lleno su corazón, hubiera sido para él grande alegría.

Cuando se hallaba en la corte entre los demás caballeros, como ocurre en los juegos, parecía tan digno de ser amado el hijo de Sigelinda, que más de una mujer sentía enternecido su corazón.

Con frecuencia pensaba: «¿De qué modo llegarán mis ojos á ver á esta noble joven á la que desde hace mucho tiempo amo con todo mi corazón? Aun no la conozco; no debo sentir aflicción.»

Cuando los poderosos reyes viajaban por su país, los guerreros tenían que acompañarlos y Sigfrido también: esto era un dolor para las mujeres; por esto muchas veces á causa de su amor sentían gran pena.

De este modo permaneció con los guerreros, esta es la verdad; en el país del rey Gunter vivió un año sin haber visto en este tiempo á la mujer amada, por la que poco después experimentó gran felicidad y grandes aflicciones

#### I V

#### DE COMO SIGFRIDO COMBATIÓ Á LOS SAHSEN

Al reino de Gunter llegaron extrañas noticias: guerreros desconocidos de país lejano, le enviaron mensajes en los que rebosaba el odio. Al escuchar la narración aquella, todos experimentaron verdadero espanto

Os diré los nombres de aquellos guerreros: eran Ludegero, rey de los Sahsen, jefe poderoso y respetado, y su compañero el rey Ludegasto de Dinamarca, á los que en su expedición acompañaban muchos valerosos capitanes.

Llegaron ante Gunter los emisarios que enviaban sus enemigos: preguntáronle qué noticias traían, é inmediatamente fueron conducidos á la corte, á la presencia del rey.

Después de saludarlos atentamente, les dijo: «Sed bienvenidos. Yo no conozco á los que os envían, vosotros me diréis quienes son.» Así dijo el buen rey. Temían grandemente el furor de Gunter.

«Ya que nos autorizáis para manifestar el mensaje de que estamos encargados, no os lo ocultaremos. Sabréis los nombres de los héroes que nos envían: Ludegasto y Ludegero quieren recorrer vuestro país.

«Habéis incurrido en la cólera de ambos; nosotros sabemos que dichos héroes os odian profundamente, y quieren venir con un ejército á Worms sobre el Rhin; muchos guerreros los siguen y debéis estar prevenidos.

«Dentro de doce semanas debe llevarse á cabo la expedición. Si contáis con buenos amigos, haceldos venir al momento para que protejan la tranquilidad de vuestros campos y ciudades: aquí quedarán hechos pedazos muchos yelmos y muchos escudos.

«Pero si queréis entrar en tratos con nuestros gefes, haceldes proposiciones; de este modo dejarán de avanzar las huestes de vuestros poderosos enemigos, que se aproximan para causar profundo sentimiento en vuestro corazón, pues á sus manos deben morir gran número de caballeros afamados.»

«Esperad algun tiempo y os haré conocer mi voluntad cuando haya reflexionado lo más justo.»

Así dijo el buen rey: «No ocultaré nada á mis notables: me quejaré á mis fieles amigos de este mensaje de guerra.»



Con aquello tuvo un gran pesar el rico Gunter; constantemente pesaban sobre su corazón aquellas noticias. Hizo llamar á Hagen y á otros muchos de sus leales, mandando al propio tiempo que fueran á dar aviso á la corte del rey Gernot.

Los mejores guerreros que podían hallarse entonces acudieron inmediatamente. El rey les dijo: «Los enemigos vienen para atacarnos con fuerte ejército; hay que tener cuidado.»

«Nos defenderemos con las espadas,» dijo Gernot. «Sólo mueren los que están destinados á morir; los muertos quedan en la tumba, más no por esta causa me puedo yo olvidar de mi honor: no serán bien venidos nuestros enemigos.»

Después dijo Hagen de Troneja. «Esto no me parece bien; Ludegasto y Ludegero se muestran demasiado impertinentes. Nosotros no podemos reunir en tan poco tiempo á toda nuestra gente.» Así habló el atrevido guerrero: «Es menester hacérselo saber á Sigfrido.»

Dieron aposento en la ciudad á los mensajeros. Gunter el rico, mandó que los trataran bien.

El rey en gran cuidado sentía vivo dolor en su corazón. Un caballero muy valiente que aún ignoraba lo que había sucedido, al verlo tan pesaroso, rogó á Gunter le dijera la causa de ello.

«Me llama la atención extraordinariamente» — le dijo Sigfrido — «que hayáis cambiado las alegres diversiones á que desde hace mucho tiempo nos tenéis acostumbrados.» Gunter, el afamado guerrero, le respondió:

«No puedo comunicar á todos los grandes pesares que me atormentan y que llevo secretos en el fondo de mi corazón. Solo á los amigos deben comunicarse las penas que nos oprimen el alma.» El rostro de Sigfrido tornóse pálido y rojo.

Le dijo al rey de este modo: «¿Os he negado yo alguna cosa? Yo os ayudaré en todos vuestros pesares. Buscáis amigos: yo quiero ser uno de ellos y os seré fiel con honor hasta mi muerte.»

«Que Dios os lo premie, señor Sigfrido; vuestras palabras me hacen bien; y aun cuando nadie me quisiera ayudar, me alegraría la noticia, ya que tan fiel me sois.»

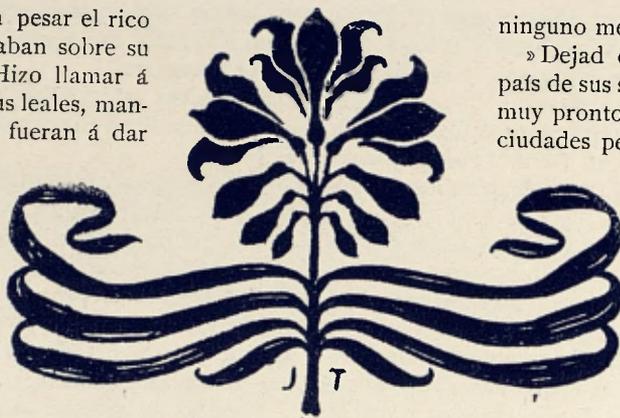
«Ahora os diré las causas que me tienen tan afligido. Me han hecho saber unos mensajeros de mis enemigos que quieren perseguirme hasta aquí con su ejército; nadie hasta ahora se atrevió á inferirnos en nuestro país injuria semejante.»

«No os preocupéis por nada de eso,» contestó Sigfrido. «Calmad vuestro espíritu y concededme lo que os pido. Dejadme defender vuestro honor y vuestros intereses y rogad á vuestros amigos que vengan á ayudaros.»

«Aun siendo treinta mil los hombres que traigan vuestros fuertes enemigos, los podré combatir aunque lleguen solo á mil aquellos de que yo pueda disponer: dejad esto á mi cuidado.» El rey Gunter le respondió: «Siempre os estaré agradecido.»

«Haced que se pongan á mis órdenes mil de vuestros hombres, porque de los míos solo tengo aquí doce; yo defenderé vuestro país: Sigfrido os servirá siempre fielmente con todo su poder.»

«También nos ayudarán Hagen y Ortewein y vuestros queridos guerreros Dankwart y Sindoldo; el audaz Volker vendrá con nosotros llevando el estandarte; á



ninguno mejor que á él se le puede confiar.

»Dejad que regresen los mensajeros al país de sus señores; que les hagan saber que muy pronto nos veremos para que nuestras ciudades permanezcan en paz.»

Comparecieron ante la corte los emisarios de Ludegero: estaban sumamente contentos porque sabían que iban á volver á su patria. Gunter, el buen rey, les hizo ofrecer ricos presentes y les concedió una escolta, de todo lo cual se mostraron ellos muy satisfechos.

«Haced saber á mis fuertes enemigos,» les dijo Gunter, «que harían bien en renunciar á su expedición: pero que si quieren venir á hostilizarme en mi país y mis fieles no me abandonan, tendrán mucho que hacer.»

Dió magníficos regalos á los mensajeros, que marcharon inmediatamente.

Cuando los mensajeros llegaron á Dinamarca y el rey Ludegasto tuvo conocimiento del modo como venían del Rhin y de la arrogancia de los Borgoñones, se irritó mucho.

Le manifestaron que había allí muchos hombres atrevidos. «Además hemos visto uno al lado del rey Gunter que se llama Sigfrido, un héroe del Niderland.» Al saber esto Ludegasto se puso en gran cuidado.

Enterados de esto los de Dinamarca, se apresuraron sin descanso á reunir aliados hasta que el rey Ludegasto contó para realizar su expedición con veinte mil guerreros escogidos entre los hombres más esforzados.

El valeroso Ludegero, jefe de los Sahenos, los llamó, logrando reunir además unos cuarenta mil ó más con los que se proponían invadir el país de los Borgoñones. También había mandado reclutar el rey Gunter.

Entre sus amigos y entre los del señor su hermano, los que quisieran tomar parte en aquella guerra, y lo mismo había hecho Hagen entre sus guerreros: estos héroes debían marchar al peligro. Muchos murieron en él.

Se dispusieron á partir precipitadamente. Cuando salieron, Volker el audaz, llevaba el estandarte y cuando abandonaron á Worms sobre el Rhin, Hagen de Troneja era el jefe de las huestes.

Con ellos iban también Sindoldo y el atrevido Hunoldo, capaces de merecer todo el oro del rico rey, Dankwart el hermano de Hagen y también Ortewein, que seguramente podían formar parte con honor de aquel ejército.

«Señor rey» dijo Sigfrido: «permaneced al lado de las mujeres y estad siempre tranquilo de espíritu.»

»Los que quieren atacaros en Worms sobre el Rhin, á los que yo detendré, podían quedarse donde están: nosotros avanzaremos tanto en el país de ellos, que su arrogancia se convertirá en aflicción.»

Después de abandonar el Rhin atravesaron el Hesse con sus guerreros, dirigiéndose al país de los Sahsen; pronto entraron en combate. Con el saqueo y el incendio hicieron tan grandes destrozos en el país, que los dos príncipes experimentaron gran pena al saberlo.

Llegaron á la Marca; los soldados apresuraban el paso. El fuerte Sigfrido comenzó á preguntar: «Quién se encargará de proteger nuestra retirada? Nunca han tenido los Sahsen una campaña tan destructora.»

Le contestaron: «Que los más jóvenes queden guardando los caminos con el atrevido Dankwart que es un guerrero rápido: nosotros perderemos menor número á manos

de la gente de Ludegero; que en esta ocasión quede el con Ortewein formando la retaguardia.

«Yo mismo avanzaré» dijo Sigfrido el esforzado.

Y como sus deseos eran de avanzar, confió el cuidado del ejército á Hagen y á Gernot, hombres muy valientes.

Extendido en el campo, vió un ejército considerable que excedía en mucho al que llevaba él; serían unos cuarenta mil ó más: enardecido Sigfrido, los veía con grandísima alegría.

Del campamento había avanzado también un guerrero para hacer guardia y estaba muy vigilante: vió al héroe Sigfrido y éste al audaz joven. Inmediatamente ambos se comenzaron á observar.

Os diré quién era aquel que se encontraba de avanzada; tenía embrazado un brillante escudo de oro; era el rey Ludegasto que velaba por sus huestes. El noble extranjero se irguió altivamente.

También el rey Ludegasto le dirigió furiosas miradas. Hicieron botar sus caballos, clavándoles las espuelas en los hijares; uno y otro blandiron las lanzas contra los escudos: en aquel momento el poderoso rey fué acometido por un violento temor.

Después del primer golpe, los caballos arrastraron á los dos hijos de reyes como si los impeliera una tormenta; como buenos caballeros, los contuvieron con las bridas, y aquellos dos furiosos á quienes la cólera animaba, se acometieron con las espadas.

El bizarro Sigfrido hirió entonces con tanta fuerza, que retembló todo el campo; de los yelmos y de las espadas brotaban á los golpes de los héroes rojas chispas de fuego: cada uno había hallado en el contrario un adversario igual.

También el rey Ludegasto descargaba sobre su enemigo repetidos golpes; los brazos de ambos caían pesadamente sobre el escudo del contrario. Treinta de sus hombres se apercibieron del combate, mas, antes de que llegaran, Sigfrido había conseguido el triunfo.

Por tres anchas heridas que hizo al rey, brotaba la sangre á través de las junturas de su hermoso arnés; la sangre de las heridas corría por el filo de la espada: el valor del rey Ludegasto se convirtió en triste desaliento.

Le pidió la vida y le ofreció su reino diciéndole que se llamaba Ludegasto. Llegaron sus guerreros que habían visto muy bien lo ocurrido entre los dos centinelas avanzados.

Cuando Sigfrido quiso llevarse al derrotado, le asaltaron treinta de sus hombres: entonces el brazo del héroe defendió á su noble prisionero, dando terribles golpes con los que causó grandes destrozos entre aquellos guerreros ricamente ataviados.

Con gran arrojo logró matar á los treinta; uno solo quedó con vida y corrió rápidamente á dar la noticia del suceso; la verdad podía confirmarla su enrojecido casco.

Cuando supieron la noticia los de Dinamarca, experimentaron gran dolor al ver su rey prisionero. Dijéronla á su hermano y éste comenzó á bramar con indecible rabia, como si á él le hubiera ocurrido.

El rey Ludegasto fué conducido en brazos de los hombres poderosos de Gunter que mandaba Sigfrido. Lo dejó en poder de Hagen; cuando el atrevido guerrero supo quién era, experimentó grande alegría.

Dijo á los Borgoñones: «Reclamad las banderas.»

«Adelante» gritó Sigfrido: «Muchas cosas se han de realizar en este día si yo no pierdo la vida: esto entristecerá á más de una hermosa mujer del país de los Sahsen.

»Vosotros, héroes del Rhin, seguidme; yo puedo conducirlos á donde está el ejército de Ludegero. Veréis como

se rompen sus cascos á los golpes de los valientes guerreros; antes de que volvamos, hemos de experimentar no pocos sobresaltos.»

Gernot y los que le habían acompañado se dirigieron hacia el sitio en que se encontraban sus caballos. El intrépido, el atrevido bardo Volker, levantó el estandarte y se puso á la cabeza de las huestes; los demás se prepararon también valientemente al combate.

No ascendían á más de mil hombres con doce jefes. Á sus pasos comenzó á levantarse el polvo del camino; avanzaban por la llanura y se veía brillar más de un reluciente escudo.

También se habían aproximado los Sahsen y su jefe llevando las espadas afiladas.

La hueste que mandaba el rey se adelantó; también avanzaba Sigfrido rodeado de los doce hombres que había traído consigo del Niderland. En la tempestad de aquel día, más de una mano se tiñó de sangre.

Sindoldo, Hunoldo y también Gernot, dieron muerte á gran número de guerreros antes que hubieran podido probar cuan grande era su bravura.

Volker, Hagen y Ortewein empañaron también en el combate la brillantez de más de un reluciente casco con la sangre que hacían verter aquellos hombres terribles como el rayo. Dankwart realizó por su parte prodigios de valor.

Los de Dinamarca probaron á su vez la fuerza de sus brazos; se escuchaba el golpear de los escudos al ser heridos y el chocar de las espadas. Los Sahsen, bravos en la lucha, hicieron un gran destrozo.

Los Borgoñones se atropellaban en el combate y abrieron más de una profunda herida. La sangre corría á torrentes por encima de las monturas; así procuraban quedar honrados aquellos caballeros bravos y buenos.

Las aceradas armas se sentían crujir en las manos de los guerreros, con más vigor allí donde se hallaban los del Niderland; precipitábanse en pos de su jefe detrás de los escuadrones y llegaban heroicamente al par que Sigfrido.

Ni uno solo de los del Rhin podía seguirlos: á través de los relucientes yelmos se veía correr la sangre á los golpes de Sigfrido, que no paró hasta que vió á Ludegero delante de los suyos.

Tres veces seguidas se había abierto camino por en medio de todo el ejército; entonces llegó Hagen y lo ayudó á desahogar su cólera en el torbellino.

Cuando el fuerte Ludegero vió á Sigfrido, teniendo levantada la buena espada Balmung, que mataba á tantos de sus hombres, la cólera del jefe fué terrible.

Aquello era una horrible confusión y un ruido formidable: un odio feroz animaba á los combatientes.

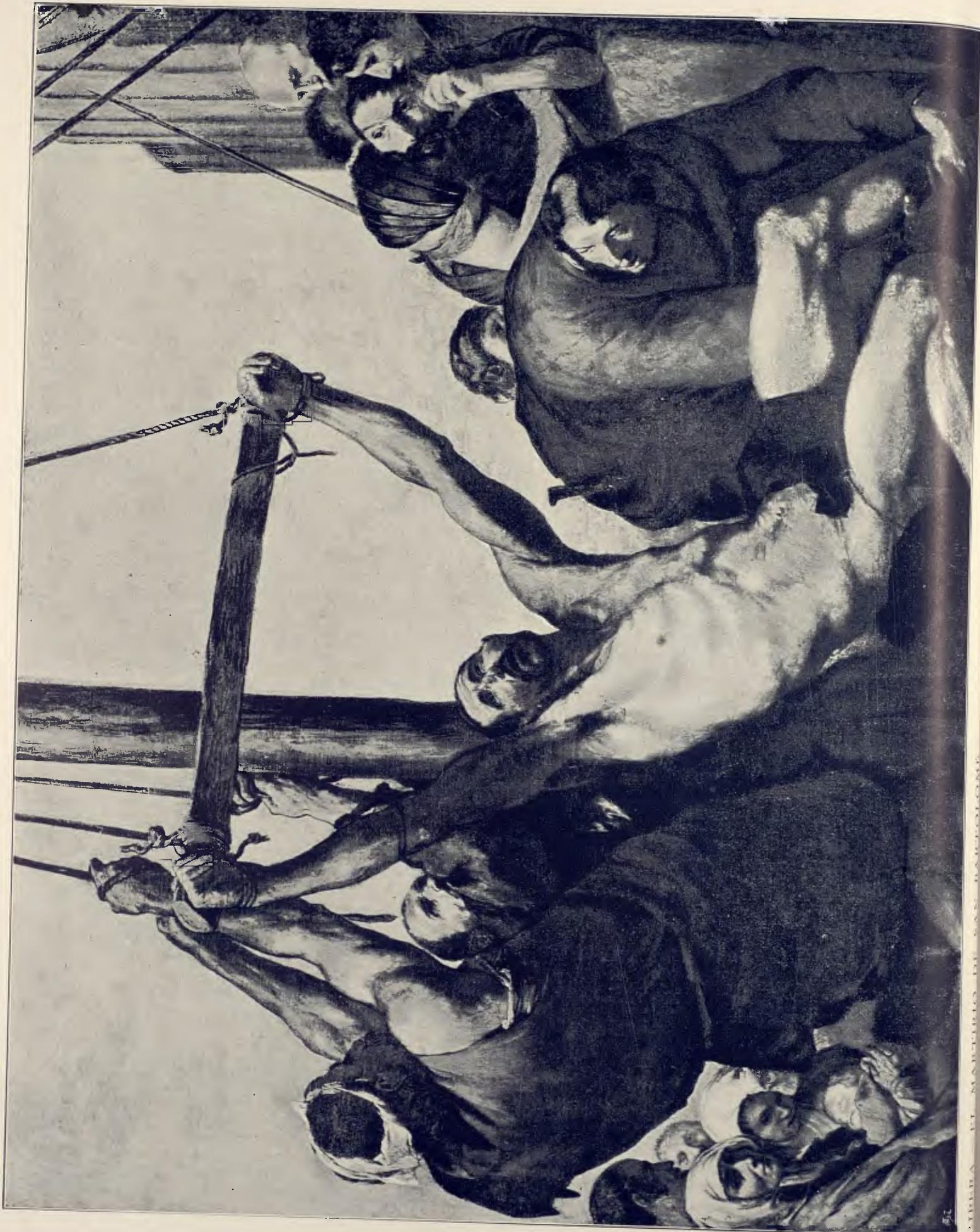
Al jefe de los Sahsen habían dado la noticia de que su hermano estaba prisionero, la cual le afligió mucho: sabía que solo el hijo de Sigelinda podía haber realizado tal hazaña.

Eran tan fuertes los golpes que Ludegero daba con la espada, que el caballo de Sigfrido cayó bajo la montura; pero luégo que se hubo levantado, el héroe desplegó en el combate una fuerza espantosa.

Le ayudaban Hagen y también Gernot, Dankwart y Volker, á cuyos tajos murieron muchos. Sindoldo, Hunoldo y Ortewein el atrevido, mataron á no pocos enemigos en el combate.

En aquella furiosa tormenta muchos guerreros caían de sus caballos. Uno sobre el otro se precipitaron Sigfrido el valiente y el rey Ludegero. Se veían volar las astas y los hierros de más de una aguda lanza.

(CONTINUARÁ)



## Como se conocen las hormigas entre sí

Las hormigas se conocen muy bien unas á otras. Cuando una se introduce en una colonia que no es la suya, las demás se apresuran á matarla. Un naturalista alemán y, á fuer de tal, paciencioso, ha procurado averiguar á qué sentido podía deberse un reconocimiento tan sutil, y ha descubierto que era cuestión de olfato. Ya otro naturalista inglés había observado que si una hormiga tocaba el agua, sus compañeras la acometían infaliblemente al regresar al hormiguero, y había deducido de esto que el lavado hace perder á las hormigas una propiedad especial merced á la cual se reconocen. M. Forel había confirmado posteriormente esta hipótesis, demostrando que se puede poner frente á frente hormigas de nidos diferentes, con la condición de cortarles de antemano las antenas, que son sus órganos olfatorios. Agregando á estas consideraciones una nueva prueba, el susodicho naturalista alemán aplasta unas cuantas hormigas y, con el jugo que de ellas saca, unta otra hormiga, á la cual introduce en un hormiguero que no es el suyo. Si la hormiga ha sido perfumada con el jugo de las hormigas de este nido, se la recibe bien; pero en caso contrario la arremeten al punto. La misma suerte sufre una hormiga lavada con alcohol á 30° y metida luego en su propio hormiguero; pero si se la tiene aparte veinticuatro horas antes de introducirla en él, sus compañeras no la hacen nada, pues este tiempo debe ser suficiente para que recobre el olor de familia. Parece, pues, verosímil, que en el fenómeno curioso del reconocimiento, el olor y el olfato sean los factores principales.

## El azúcar como alimento

La cuestión del azúcar como parte integrante de la alimentación del hombre y de los animales, está á la orden del día. El azúcar es un alimento, engendrador de fuerza, que sería muy ventajoso introducir en la alimentación diaria. Conviene hacer gran uso de él, pero sin abusar, porque, de lo contrario, podrían resultar perturbaciones nutritivas. Cada individuo está constituido de modo que no puede asimilarse más que un peso dado de materia azucarada; pasando de él, el azúcar queda en la sangre y se declara la glicosuria con sus inconvenientes, conforme ha podido observarse en obreros y empleados de refinérfas, así como en las per-

sonas que abusan de los dulces y pasteles. Pero á dosis razonable, en el individuo cuyas funciones digestivas son normales, es de aconsejar el uso del azúcar. Suele decirse que el comer carne da fuerza. Sí y no. La carne, alimento nitrogenado, da músculo y hasta energía; pero, ¿de qué serviría el músculo si careciese de la fuerza para utilizarlo? Esta la engendran, ante todo, los alimentos hidrocarbonados, de los que forma parte el azúcar. Hay, pues, que absorberlo cuando se ha de sostener largo tiempo un esfuerzo considerable. Así

se ha entendido por largo tiempo en la isla de Cuba, dando por todo desayuno á los negros ocupados en las penosas faenas de los ingenios, un puñado de azúcar, que conservaba sus fuerzas perfectamente hasta la hora de la comida. Entre la clase obrera no se tiene idea de las propiedades de este alimento, y en cambio se recurre al alcohol, que deprime y es causa de muchas enfermedades. Al azúcar, que no tiene ninguno de los inconvenientes del alcohol, no se le considera como

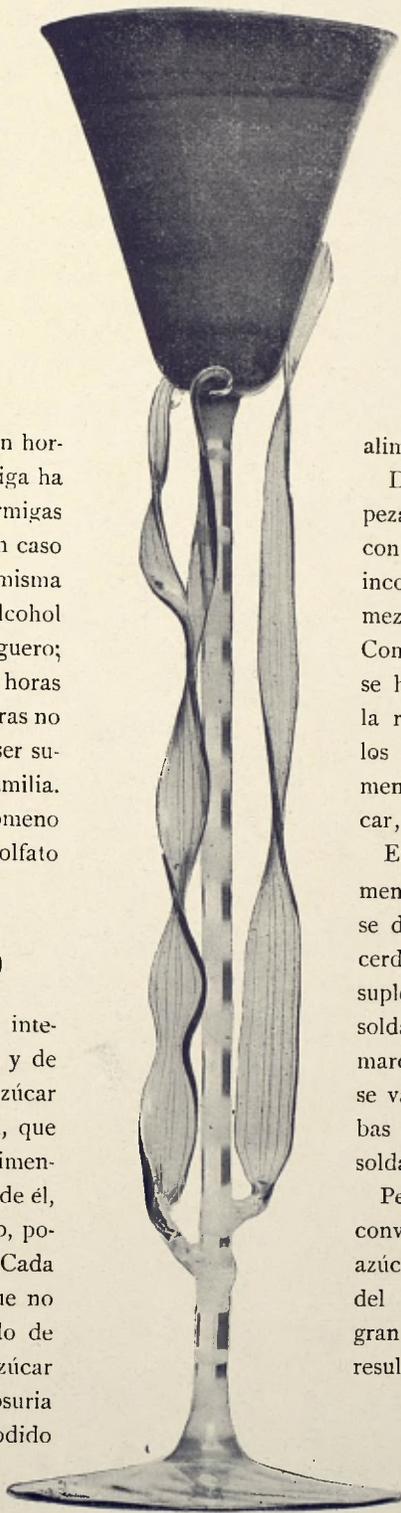
alimento, lo cual es un error.

De algún tiempo á esta parte se ha empezado en París á alimentar á los caballos con azúcar, y se les ha podido dar sin inconveniente hasta 2'400 kilogs. diarios, mezclados con maíz, paja y heno. En la Compañía de pequeños carruajes, donde se han hecho las pruebas, se ha adoptado la ración de 1110; pero con la de 1122, los caballos han trabajado más, bebiendo menos. Los animales alimentados con azúcar, no han variado de peso.

En Alemania también se hacen experimentos sobre el uso de esta sustancia, y se da á los caballos, á los bueyes y á los cerdos. En el ejército, merced á una ración suplementaria de azúcar, han podido los soldados soportar en excelentes condiciones marchas forzadas muy penosas. En Francia se van á hacer asimismo en Soissons pruebas de igual clase en la alimentación del soldado.

Pero, lo repetimos, á quienes se debe convencer de la utilidad alimenticia del azúcar, es principalmente á los trabajadores del campo, y á cuantos obreros gastan gran energía y fuerza en sus oficios. El resultado sería satisfactorio.

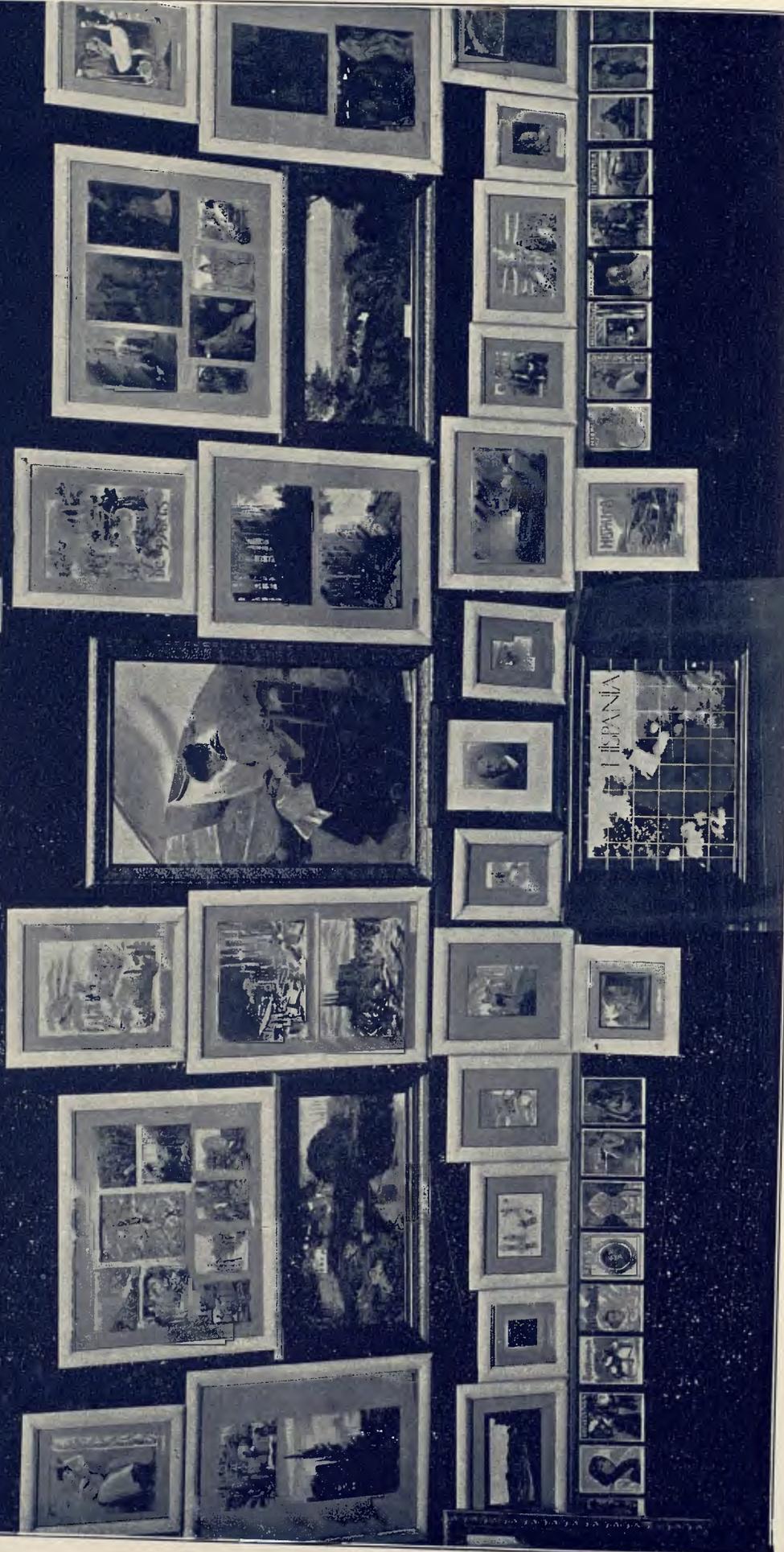
\* \* \*



# HISPANIA

DIBUJOS ORIGINALES

Unica revista española que ha obtenido  
medalla de oro en la Exposición de París de 1900



SEGUNDA EXPOSICIÓN DE HISPANIA EN EL SALÓN PARÍS